

**RODRIGO DÍAZ CRUZ**

Los lugares de lo político,
los desplazamientos del símbolo.
Poder y simbolismo en la obra de Victor
W. Turner.

AÑO: 2014**ISBN:** 9788-4978-4861-9**PÁGINAS:** 414**BARCELONA:** Gedisa**DARIO RANOCCHIARI / UNIVERSIDAD DE GRANADA****Reseña**

Este es un libro que hacía falta desde hace mucho tiempo. Puede que eso quiera decir —como sugiere el autor en la introducción— que habría sido mejor si se hubiese publicado hace veinte o treinta años, pero mi opinión es que no hay momentos mejores de este para redescubrir la obra de Victor Turner (1920-1983). ¿Habrían tenido que publicarse ya en los 1970 y 1980 estudios críticos analíticos y bien fundamentados sobre las muchas almas de la antropología *turneriana*? Sí, indudablemente. Pero la lectura que de ella nos proporciona en 2014 Rodrigo Díaz Cruz no habría podido hacerse en pleno auge de la antropología interpretativa o de la posmoderna.

La razón principal es una consecuencia de la misma naturaleza dispersa y reacia a la sistematización teórica del trabajo del antropólogo escocés. Turner empezó su carrera como antropólogo político africanista bajo la égida de Gluckman, pero pronto se distanció de la escuela estructural-funcionalista de Mánchester empezando a interesarse sobre todo por rituales y sistemas simbólicos. Una vez establecido definitivamente en EEUU, dejó de realizar trabajos de campo de larga duración y centró su atención en temas excéntricos para los cánones disciplinares de entonces (por ejemplo, la subcultura *hippy*, el teatro experimental y has-

ta las neurociencias). Casi nadie se ha dado cuenta en la época de que a través de ellos Turner trataba no solo de actualizar y ampliar el concepto clásico de ritual para transformarlo en una herramienta capaz arrojar luz también sobre prácticas que hoy definiríamos quizás posmodernas y globalizadas, sino también de promover un cambio radical en la misma disciplina antropológica para que estuviera en grado de trabajar en un mundo ya entonces vertiginosamente cambiante (véase, por ejemplo, su libro póstumo *The Anthropology of Performance*, 1988). Sin embargo, sus propuestas pacatas y sus geniales pero teóricamente poco estructuradas intuiciones no tenían suficiente peso asertivo para imponerse en años de revuelo paradigmático cuales han sido los del «giro antropológico», firmemente timoneado por Geertz y después dominado por la intransigencia radical de sus «hijos ilegítimos» del taller de *Writing Cultures* (Clifford y Marcus, 1986). Es por eso que solo de unos años a esta parte, cuando las grandes olas del posmodernismo han empezado a calmarse, se puede volver a mirar en una perspectiva más lúcida y equilibrada a los aportes de autores que, como Turner, han seguido trayectorias excéntricas tanto respecto a las corrientes tradicionales como a las innovadoras (hoy en día, ellas mismas tradiciones establecidas y hasta hegemónicas).

Quizás sea también por eso que un libro como *Los lugares de lo político, los desplazamientos del símbolo* surge de un autor latinoamericano y no de uno anglosajón: hace falta cierta distancia de los debates internos a la antropología estadounidense e inglesa de los 1990 y 2000 para releer a Turner con la lucidez con que lo hace Díaz Cruz.

Explica el autor que su propósito es de «hacer regresar la obra de Turner» (pág.18), pero entiende en términos procesuales a la noción de regreso como algo que, volviendo, ya ha cambiado y mantiene un diálogo con lo que fue para transformarse en algo diferente. Así, no se limita a respetar filológicamente la obra de Turner sino se siente autorizado a desbordarla, a ir más allá de ella. Es por eso que, aunque su análisis demuestra un conocimiento pormenorizado de los trabajos del autor escocés y de la bibliografía crítica anglosajona, uno de sus aspectos más interesantes es la capacidad de generar cortocircuitos con las obras de estudiosos latinoamericanos aparentemente lejanos a su horizonte, como por ejemplo Viveiros de Castro (2002), Varela (2005) y Pereda (1994).

El libro no aborda los temas a los que Turner se ha dedicado con fervor en sus últimos años de su vida (peregrinaciones, *performance*, teatro, cerebro), pues Díaz Cruz los deja para otro libro aún en preparación. Se centra, entonces, en los aspectos quizás más conocidos de la obra *turneriana*, los que tienen que ver con la antropología política y con el estudio del simbolismo.

A pesar de que político y simbólico hayan parecido en su época dos intereses casi contradictorios, Díaz Cruz, después de haber seguido a Turner en su alejamiento de la escuela de Mánchester y en la elaboración de una idea procesualista de la antropología política (cap. 1, 2 y 3), muestra en el capítulo 4 cómo esta contradicción es solo aparente. En este capítulo, en mi opinión uno de los mejores del libro, el autor muestra las articulaciones entre simbolismo y poder descubiertas por Turner y que constituyen el verdadero hilo rojo que conecta todas las diferentes «almas» de la obra *turneriana* (incluyendo las que el autor analizará el su próximo libro).

Después de la *transición* del capítulo 4, Díaz Cruz pasa a analizar el simbolismo. Empieza proponiendo un meta-esquema que funcione de mapa en la selva de los símbolos *turneriana* (capítulo 5) y sigue haciendo hincapié en la tensión entre lectura sociológica y cognitiva del simbolismo en Durkheim y Mauss (capítulo 6). El capítulo 7, el más largo, lo dedica a una iluminante lectura en clave performativa/pragmática de las ideas de Turner respecto al símbolo. Una lectura desbordante (en el sentido del término indicado más arriba), que consigue ir más allá de donde Turner ha llegado y que —además de proporcionar una especie de «guía de viajeros» para exploradores del simbolismo— concluye proponiendo respuestas a las críticas avanzadas a Turner por Sperber.

En fin, el capítulo 8 lo dedica a una comparación crítica —y también positivamente desbordante— entre Geertz y Turner, enfatizando las diferencias profundas entre sus concepciones y proponiendo, con el filósofo Carlos Pereda, la necesidad de adoptar una «razón enfática» para superar la rígida y dañina dicotomía entre «razón austera» y «razón arrogante».

Concluyendo, recomiendo este libro a quienes quieran redescubrir a Turner, o «hacerlo regresar» con la esperanza de que sus obras vuelvan a fecundar la antropología actual. Y recomiendo a Rodrigo Díaz Cruz terminar cuanto antes su texto sobre el último Turner, pues su propuesta de una antropología de la *performance* —que ya ha fecundado otros campos académicos, *in primis* los estudios de performance (St John, 2008)— puede servirle a la antropología actual para plantearse temas y problemas aún poco explorados.

Referencias

- Clifford, J. y Marcus, G. (1986). *Writing cultures*. Los Ángeles: University of California Press.
- De Castro, E. (2002). O nativo relativo. *Mana*, 8(1), 113–148.
- Pereda, C. (1994). *Razón e incertidumbre*. Madrid: Siglo XXI.

- St John, G. (2008). *Victor Turner and contemporary cultural performance*. New York: Berghahn Books.
- Turner, V. W. y Schechner, R. (1988). *The anthropology of performance*. New York: Paj.
- Varela, R. (2005). *Cultura y poder: una visión antropológica para el análisis de la cultura política*. Barcelona: Anthropos Editorial.